

CUANTIFICACION DEL VOCABULARIO DEL PARVULO Y USUALIDAD LEXICA DEL ADULTO

Las funciones de relación que se pueden considerar logradas en el niño son las funciones lingüísticas. Antes de ser capaz de captar el concepto de número ya entiende el lenguaje de los demás, ya se autoimita e imita las expresiones ajenas, ya utiliza un vocabulario más o menos rico de acuerdo con su desenvolvimiento personal.

No vamos a estudiar ahora las fases evolutivas del lenguaje infantil. Muchos y contradictorios estudios se pueden encontrar conforme se hayan aplicado técnicas clínicas o estudios estadístico-experimentales, según se hayan concluido a uno u otro lado del Atlántico.

Nuestra intención es centrarnos en el párvulo. Para la definición del párvulo aceptamos la vigencia legal de niño comprendido entre cuatro y seis años.

En este párvulo, que ya ha logrado un regular desenvolvimiento lingüístico, todas las actividades del lenguaje se constituyen en básicas. Básicas, porque, al poseer un fondo experiencial, sirven de apoyo a la maestra para perfeccionar el caudal lingüístico y para incrementar las experiencias de los escolares. Básicas, porque son el medio más rápido para entenderse con los niños y para entenderlos. El lenguaje gráfico aún no está lo suficientemente desarrollado para que pueda servir de entendimiento y el mímico se reduce a las situaciones más violentas.

Luego, pronto advertimos que en la Didáctica parvular, uno de los centros de la actividad discente, está constituido por las partes sensorial y comprensiva del lenguaje. Mediante el perfeccionamiento de la acuidad perceptiva el niño será más apto para captar las diferentes inflexiones del lenguaje y para imitarlas con perfección en caso de padecer algún trastorno pasajero. Mediante el

incremento de la comprensión lingüística aumentamos su mundo infantil y le facilitamos la entrada en su mundo de la fantasía. Mundo de la fantasía que estará más abierto cuanto más imprecisión haya en el lenguaje, por permitir una máxima vacilación significativa. En cierto modo la fantasía infantil se nutre de la amplia versatilidad conferida a las imágenes obtenidas por una comprensión nebulosa. El exceso de precisión cosifica la realidad y no permite la abundancia de las evasiones espirituales del niño.

El lenguaje, y dentro de él el vocabulario, constituye el verdadero pilar de la enseñanza del párvulo. Es, por tanto, imposible una buena eficiencia docente con el párvulo si no se atiende en primer lugar al lenguaje. Mas el lenguaje es algo flúido, algo que puede ser o que puede estar siendo. En el lenguaje aparece la dualidad de la lengua convencional como algo estático y de la función lingüística como algo esencialmente dinámico. Por tanto, la buena maestra de párvulos deberá conocer las dimensiones dinámicas del lenguaje junto a los límites estáticos del mismo.

Pero así como el aspecto creador y dinámico del lenguaje es más difícil de captar y se convierte en algo realmente inasequible a las normas didácticas rígidas, el aspecto convencional y estático es alcanzable por el didacta.

Si avanzamos de lo más subjetivo a lo más objetivo nos encontraremos con un conjunto de facetas lingüísticas que debe tener en cuenta la maestra de párvulos. Estas son: 1.^a La expresión lingüística como conjunto arbitrario de frases y palabras, unida al contexto verbal que condiciona la nueva aparición de términos. 2.^a La frase considerada en su sentido, pero condicionada por su extensión, que se determina por el número total máximo o promedio de palabras empleadas en la misma. 3.^a La fluencia léxica, es decir, la mayor o menor facilidad para emitir palabras diferentes referidas a los objetos en cuestión. Esta fluencia puede integrarse, aunque se diferencia, con la locuacidad, determinada por la cuantía de las palabras emitidas independiente de su repetición. 4.^a La riqueza léxica, es decir, la dificultad de las palabras empleadas y el número de las que se pueden comprender independiente de su manejo fácil y momentáneo.

Estas facetas a considerar nos obligarán a determinar la cuan-

tía de cada una de ellas. Pero no sólo se deberá reducir el estudio a la cuantía de las palabras utilizadas o conocidas, sino que se debe poner especial cuidado en cada uno de los términos conocidos y utilizados. La calidad será más importante que la cantidad. No podemos pretender ser entendidos por los niños si utilizamos un léxico alejado de su campo experiencial o, en otros términos, un lenguaje que les es desconocido.

Es del dominio público la parvedad lexicológica del niño menor de seis años o de seis años recién cumplidos. Lo que cualquier persona dotada de regular espíritu de observación había advertido se ha comprobado en numerosas investigaciones. Las indagaciones realizadas a base de estimación del *estado cuantitativo lexicológico* tienen como hito cimero las verificadas por Smith (1) hace casi treinta años. El que se hubiesen iniciado con anterioridad no quita fuerza a las de Smith, recogidas por la mayoría de los tratadistas del desenvolvimiento lingüístico en el niño. Por no interesarnos otras edades diferentes a la parvular, legalmente definida, recogeremos en la siguiente tabla solamente los valores aplicables a los niños de cuatro a seis años de edad.

Extensión del vocabulario

E D A D		NUMERO DE PALABRAS
Años	Meses	
4	—	1.540
4	6	1.870
5	—	2.072
5	6	2.289
6	—	2.562

No nos atrevemos a mantener esta estimación como correspondiente a la realidad, aunque sea muy aceptable y aceptada. Esta duda la justificamos por el hecho de la selección muestral. Aunque no disponemos de los datos suficientes respecto del procedimiento empleado para elegir los escolares examinados, sí he-

(1) SMITH, M. E.: An investigation of the development of the sentence and the extent of vocabulary in young children. University Iowa Studies Child Welfare, III, núm. 5, 1926, cit. Mac Carthy.

mos hallado uno: El cociente intelectual promedio de los sujetos examinados, si bien se mantiene dentro de la normalidad, se sitúa en el tramo superior de la misma. Por otra parte, el escaso número de sujetos muestreado aumenta los errores de estimación incluso cuando la muestra es rigurosamente científica. Si a esto se añade la imposibilidad técnica del muestreo perfecto en casos de esta índole, comprenderemos esta nueva limitación de los resultados. Como debilidad general de estas investigaciones lingüísticas queremos también recordar el efecto del multiplicador que facilita las estimaciones. No es justo aceptar uno e invariable dadas las crisis evolutivas.

Las técnicas de investigación que empleó Smith fueron de un carácter muy amplio. En primer lugar se aceptaba el conocimiento de una palabra cuando el sujeto reconocía la imagen correspondiente a la misma. Este criterio, que da de un modo positivo la posesión de un término, pudiera ser insuficiente, ya que podría conocerse la palabra por uso verbal de la misma y desconocer la imagen del objeto que quiere representarla. Cuando el escolar relaciona los dos signos es indudable que conoce cada uno de ellos y además percibe la relación. Es necesario idear otros procedimientos para advertir el conocimiento de la palabra. Estos fueron: Respuestas adecuadas a frases o expresiones que sólo podrían ser válidas cuando el sujeto conociese los términos que la integraban. También se podría admitir como buena si el escolar la utilizaba de modo adecuado en la expresión creadora personal. Aún pueden ser ampliadas estas técnicas que acabamos de indicar, pero con las ya citadas estamos seguros de que el acierto no se debe a respuestas puramente fortuitas, sino al dominio más o menos preciso de los términos de examen.

Otros estudios para revisar los hallazgos de Smith (2), que reducen la escala de 203 palabras a dos formas equivalentes de 42, en el que se busca primero la evocación del término y luego el reconocimiento verbal, han producido unas estimaciones general-

(2) GRIGSBY, O. J.: An experimental study of the development of concepts of relationship in preeschool children as evidenced by their expressive ability. *Journal of Experimental Education*, I, 1932, págs. 144-162, cit. Mac Carthy.

mente superiores en 500 palabras a los que acabamos de presentar. A pesar de la validez de la prueba el aumento pudiera atribuirse entre otros factores al influjo del multiplicador, mayor que el de Smith.

Este ligero aumento léxico se incrementa de modo extraordinario cuando nos apoyamos en los hallazgos sobre riqueza léxica logrados por diferente Smith (3). Aceptó como punto de partida uno de los estudios más destacados en la actualidad: el procedimiento de Seashore-Eckerson (4). Estos autores, que distinguen entre palabra primitiva y palabra derivada (forma de inflexión, según otros), han aplicado un sistema con multiplicadores muy elevados. Por este motivo, las 23.700 palabras que conoce un niño en el primer grado no nos parecen más que simple consecuencia del sistema estimador, y aunque parezca exagerado, no lo son más que las casi 200.000 que se atribuyen como tope a un estudiante universitario. Es cierto que los rangos del primer grado oscilan entre 6.000 y 48.000.

Como conclusión en el estudio de la determinación cuantitativa del vocabulario nos encontramos con una cantidad abundante de palabras capaces de servir de apoyo a un maestro exigente.

Pero antes de decidirnos a aceptarla hemos de recordar algo de gran interés. En primer lugar debemos distinguir entre los varios tipos posibles de vocabulario. Los dos grandes grupos: vocabulario expresivo y vocabulario receptivo, se subdividen a su vez en vocabulario hablado y vocabulario escrito, por una parte: vocabulario leído y vocabulario oído, por otra. Todos estos tipos son diferentes. Si ahora nos centramos en los que se puede admitir posee el párvulo, encontramos esta diferencia de modo manifiesto.

(3) SMITH, M. K.: Measurement of the size of general English vocabulary through the elementary grades and high school. *Genetic Psychological Monographs*, XXIV, 1941, págs. 311-345.

SMITH M. K.: Measurement of the size of vocabulary of children from 6 to 18. years of age (School grades 1 to 12). *Psychological Bulletin*, 37, 1940, página 581. cit. Hurlock.

(4) SEASHORE, R. H., and ECKERSON, L. D.: The measurement of individual differences in general English vocabulary. *Journal of Educational Psychology*, XXXI, 1940, págs. 14-38.

El vocabulario estimado por Smith o con las pruebas de Seashore-Eckerson alcanza algunos millares.

El *vocabulario hablado* por los niños ha sido recogido en estudios por Jersild y Ritzman (5), en cuanto hablado por niños preescolares durante tres horas. Resumiremos datos próximos a los de edad parvular.

MESES	Núm. de niños	Media total de palabras	Media de palabras diferentes
36-41	22	1 296	254
42-47	26	1.772	309

En fecha anterior podemos también mencionar los hallazgos de Mc Carthy (6). También se centran en la locuacidad y en la diferenciación de palabras utilizadas. Reduciremos los datos a edades parecidas :

MESES	Media total de palabras	Núm. medio de palabras diferentes
36	170	63
42	204	82
48	216	93
54	231	99

Estos datos fueron obtenidos de modo diferente a los de Jersild-Ritzman.

Pero tanto unos como otros nos muestran algo de extraordinario interés. Entre el vocabulario estimado mediante pruebas y multiplicación por un factor y el utilizado frecuentemente por el niño hay una diferencia extraordinaria. Si nos cabe hablar de millares de palabras poseídas por niños en edad parvular no pode-

(5) JERSILD, A. T., and RITZMAN, R.: Aspects of Language development: The Growth of Locuacity and Vocabulary. *Child Development*, 1938, 9, 3, páginas 243-259.

(6) MC CARTHY, D. A.: *The language development of the preeschool child*. University Minnesota Pres. Minneapolis, 1930, pág. 113.

mos asegurar lo mismo respecto de su uso. La usualidad por el escolar es muy reducida. Luego el dominio del vocabulario es algo diferente al uso. No se puede encontrar con sólo el uso, aunque se pueda admitir que las usadas por todos los párvulos son conocidas por ellos. El quehacer escolar exige el conocimiento de este grupo reducido de palabras para asegurar el éxito de la labor docente.

La primera alegría de la extensión del vocabulario se reduce automáticamente por la parvedad de los hallazgos últimamente mentados.

Otros datos son de extraordinaria importancia cuando nos centramos en el lenguaje del párvulo. Estos datos se refieren a la *extensión normal de las frases* de dichos niños. No podemos negar que la extensión normal, en número de palabras, de las frases infantiles nos muestra a las claras el mantenimiento máximo de oraciones bien estructuradas. Si la maestra quiere tener éxito en su enseñanza deberá acomodar en cierto grado su lenguaje al de los escolares. No deberá reducirlo hasta el nivel mismo de los niños, porque esto no produciría desenvolvimiento, pero sí deberá ajustarse al máximo para, con prudente lentitud, fomentar un desarrollo adecuado. Tanto en las charlas como en las frases escritas en el encerado o utilizadas en la lectura, la extensión de las frases presentadas deberá estar de acuerdo con la correspondiente a los niños de dicha edad.

Las investigaciones sobre este aspecto se han aumentado últimamente. Puesto que sería inconveniente ofrecer todas ellas, entre otras razones por corresponder a escolares e idioma de otras características, si queremos mostrar una especie de compendio del número de palabras promedio empleado por los niños en cada frase.

Justificaremos dicho resumen con la presentación de unas oscilaciones en los promedios, ya que los diversos estudios están hechos con poblaciones diferentes. Así, unos han utilizado alumnos bien dotados; otros, alumnos gemelos; aquéllos se han fijado en las conversaciones entre los mismos; éstos, en las realizadas con adultos... Para la cuestión de los límites inferiores tendremos en cuenta los datos de promedios de sujetos un año más jóvenes y

para los superiores los promedios de bien dotados junto a los de edades superiores. Los escolares que en su manejo normal estén bajo el nivel que señalaremos han de preocupar por su debilidad compositiva.

Tabla compuesta como índice aproximativo.

EDAD	4			4,6			5			5,6			6		
	Mínimo..	Medio ..	Máximo..	Mínimo..	Medio ...	Máximo..	Mínimo..	Medio ...	Máximo..	Mínimo..	Medio ..	Máximo..	Mínimo..	Medio ...	Máximo..
N.º de palabras por frase	2,5	4,2	6,0	2,7	4,6	6,5	3,2	4,9	6,8	3,5	5,2	7,0	3,8	5,4	7,4

En cada edad hemos señalado valores extremos y central. Estos valores nos sirven para señalar la máxima y mínima extensión aconsejable para un mayor éxito en la enseñanza con escolares de dicha edad. Si la clase estuviese constituida por alumnos bien dotados podría emplearse el baremo de una a dos edades superior. Si la clase es aparentemente inferior a la normal deberá emplearse el valor medio como máximo.

Al problema de la extensión de la frase hemos de añadir el del contexto verbal que condiciona cada frase y cada palabra. Este contexto verbal vendrá dado para el párvulo de un modo básico por las experiencias vividas y por la unión de sus experiencias a los vocabularios y frases adquiridas. Por ello no puede pretenderse que el niño se extienda en la amplitud de sus frases y manifieste un léxico más elevado mientras no se haya intentado incrementar sus experiencias. Estas experiencias lingüísticas no se reducen al mero explicar una palabra y al intento inmediato de repetición. Requieren un marco adecuado y una aproximación magistral antes de la aplicación escolar.

VOCABULARIO MAGISTRAL

Si bien hemos indicado la locuacidad y extensión de vocabulario de los niños en edad parvular junto a las extensiones mínima, media y máxima de probables valores medios de las frases, no hemos

podido ofrecer los diferentes términos utilizados por los escolares. Ni siquiera hemos podido mostrar las palabras que en su más amplia acepción son conocidas por los niños. ¿Entonces cuál será el vocabulario básico que el maestro debe utilizar en su relación escolar? ¿Podremos pensar que este vocabulario básico vendrá dado por la utilización de las palabras más usadas por los adultos? ¿Admitiremos que existe un vocabulario general junto a otro específico para cada edad?

En principio parece que, puesto que el niño aprende el lenguaje por imitación del adulto, el lenguaje que deberá ser enseñado es el de los grandes recuentos de español. Claro es, como dichos recuentos nos ofrecen palabras con diferente frecuencia se podría admitir que las de mayor frecuencia corresponderían a los niños más pequeños mientras que las de menor frecuencia serían las que se habrían de utilizar en los tramos superiores. Esta postura es a todas luces de lo más ingenuo que cabe imaginar. Olvida que tanto en el lenguaje como en la vida el individuo selecciona para su uso aquellos términos que mejor sirven para resolver sus situaciones, para satisfacer sus necesidades actuales. Ahora bien las situaciones y necesidades de un adulto son muy diferentes de las de un niño de cuatro a seis años. luego las palabras utilizadas probablemente no serán las mismas.

Mejor postura es la de los que admiten un vocabulario general para todas las edades junto a un vocabulario específico para cada edad. Es decir, en cada edad existe un predominio de ciertas palabras que no se adquieren hasta que el sujeto no pasa por la fase psicológica correspondiente y que se pueden perder paulatinamente en cuanto la ha superado.

Es fundamental conocer el léxico utilizado por los niños de edad parvular. Ahora bien en nuestra situación de investigadores nos encontramos con una dificultad. Así como ya disponemos de magníficos recuentos de vocabulario, realizados con diferentes características por preclaros representantes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España y del Consejo Superior de Enseñanza de Puerto Rico, no poseemos estudios equivalentes en el campo del párvulo español.

Por este motivo nuestra primera obligación consiste en deter-

minar con rigor si sería legítimo utilizar dichos recuentos de vocabulario para iniciar la enseñanza parvular. Es cierto que la correlación frecuencial entre las palabras seleccionadas por azar de los recuentos antedichos nos da un índice de eficiencia inferior al 40 por 100, pero esto sólo nos habla respecto de las dificultades propias de todos los recuentos léxicos y del problema muestral dentro del grupo de aspectos a considerar. ¿Podremos aceptar dichas listas como base de la enseñanza parvular?

Para responder a esta pregunta solamente cabe una respuesta. Esta respuesta es experimental y se expondría en términos semejantes a éstos:

Si las palabras utilizadas o conocidas por los niños se corresponden con las palabras ordenadas por frecuencias, entonces es legítimo el uso de dichas listas. Pero si la correspondencia entre palabra conocida y palabra del recuento no existe o es excesivamente baja, se debe pensar en formar listas independientes a base de las palabras conocidas en cada etapa de los escolares.

Nuestro problema consiste en correlacionar por una parte la palabra usual con su frecuencia correspondiente y por otro la palabra conocida por el párvulo, también con su frecuencia correspondiente. Para reducir el problema a límites de factibilidad lo hemos planteado del siguiente modo:

¿Cuáles de las palabras clasificadas como más usuales son conocidas por los párvulos y cuántos de dichos párvulos las conocen? Con este planteamiento evitábamos preguntar por palabras que no fuesen usuales y tampoco fuesen utilizadas por los niños. Solamente ha quedado fuera de nuestra indagación original aquella palabra que siendo de uso para las párvulas apareciese tardíamente en la lista de usualidad. Su determinación corresponde a una fase posterior de nuestros estudios.

Por ello se preguntó durante períodos alargados, el primer trimestre de dos cursos, a las párvulas de cinco a seis años (núm. 83) las 1.020 unidades léxicas de máxima frecuencia en recuento léxico mentado. Fueron suprimidas aquellas palabras sincategoremáticas de difícil explicación y aplicación dirigida. El criterio empleado para aceptar una palabra como conocida por las niñas fué el de máxima amplitud. No se exigía la perfección expresiva, sino un índice apro-

ximativo. Utilizar la palabra en una frase, decir el significado de modo que indicaba cierta orientación del sujeto hacia la palabra en cuestión. Así la palabra vaca, definida como «da leche», es válida, no obstante su aparente imprecisión. De este modo se amplían las posibilidades de acierto de cada sujeto preguntado. Quizá parezca excesivo este criterio, pero por su misma amplitud nos podía servir para nuestro fin más que un criterio muy restringido.

Las respuestas fueron controladas para determinar el porcentaje de aciertos para cada unidad léxica. De este modo nos encontramos con un par de datos para cada palabra: Porcentaje de sujetos que la conocían y frecuencia de uso. La utilización del porcentaje se ha debido al deseo de aprovechar al máximo todos los datos con una expresión más fácil.

A partir de dichos pares de datos fué empresa sencilla la determinación de la correlación entre la frecuencia de usualidad y el porcentaje de aciertos.

La correlación hallada fué de 0.638. Totalmente válida al nivel de significación más exigente dado el número de palabras considerado.

Ahora bien, de estas 1.020 palabras encontramos que 204 no eran conocidas por ninguna de las párvulas y 135 lo eran para todas. El peso de estos valores sobre la correlación total pudiera ser excesivo. Suprimimos por tanto las 135 palabras de vocabulario general para todas las edades desde los cinco años y las 204 que eran totalmente desconocidas. La correlación se redujo de modo alarmante, aunque se mantenía significativa por restarnos aún 681 palabras. La nueva correlación obtenida fué de 0.225.

Tanto al advertir la primera como la última correlación se pudiera pensar: De hecho la correlación existe; luego podemos asegurar que no es ningún disparate utilizar la lista de usualidad como orientadora dentro de la enseñanza parvular. Ahora bien, la coligación de datos de cierta consistencia debe ser transformada en índice de eficiencia que nos permita prever el porcentaje de acierto cuando utilicemos la lista de usualidad en lugar de la inexistente parvular. Si este índice es elevado, aceptaremos el supuesto; en caso contrario hemos de rechazarlo.

Aplicadas las fórmulas de eficiencia, encontramos para el pri-

mero de los valores, correlación completa, una eficiencia del 23 por 100 y para el segundo solamente el 3 por 100.

Tanto uno como otro valores son demasiado bajos para admitir sin restricciones las listas de usualidad como listas que se pueden aplicar directamente al párvulo español.

Ahora bien hemos de aceptar una salvedad que contraría este mismo resultado o que le reduce validez. La muestra utilizada no ha sido elegida con las condiciones suficientes para admitir esta generalización. Solo podremos concluir que: durante dos cursos y con niñas de un Grupo Escolar nacional de cinco a seis años, de las cuales algunas poseían un curso de escolaridad, la eficiencia previsible al utilizar las unidades léxicas de recuentos de español como representativa del vocabulario poseído por las niñas, fué bastante baja y lo sería si las condiciones fuesen similares.

JOSE FERNANDEZ HUERTA

Profesor de Didáctica de la Universidad
de Madrid.

S U M M A R Y

Researches on vocabulary start from the first years of the infant; but they become a school problem only when children are admitted to school. Now the vocabulary can be studied in its two aspects: the qualitative and the quantitative one. The author begins his study by the quantitative aspect and after classifying the different ways to make a quantitative study of the language he centres his attention on the vocabulary of the infant. He exactly points out the most valuable scientific results showing their limitations at the same time. Having on account the Spanish situation of lack of knowledge about the development of the infant vocabulary he tries to verify the utility of the collections of words known at present in order to determine the vocabulary that can be used. His conclusion is favourable to those collections of words.